

SIETE LIEBRES BLANCAS

1º-2º

Un rey tenía una hija muy hermosa a la que amaba con todo su corazón. Su esposa, la reina, había educado con mucho cariño y atención a la princesa y le había enseñado a coser y bordar de manera primorosa, por lo que la princesa disfrutaba muchísimo haciendo toda clase de labores...

La habitación de la princesa tenía un balcón que daba al campo. Un día se sentó a pintar en el balcón, como solía hacer a menudo; con cada pincelada contemplaba los magníficos campos que se extendían ante el castillo, los bosques y las colinas, cuando, de pronto, vio venir a siete liebres blancas que hicieron una ronda bajo su balcón. Estaba tan entretenida y admirada observando a las liebres que, en un descuido, se le cayó un pincel; una de las liebres lo cogió con la boca y todas deshicieron la ronda y echaron a correr hasta que las perdió de vista.

Al día siguiente volvió a ponerse a pintar en el balcón y, al cabo del rato, vio que llegaban las liebres blancas y que formaban una ronda bajo ella. Y al inclinarse para verlas mejor, a la princesa se le cayó una vasija cerrada con color, la cogió una de las liebres y todas echaron a correr otra vez hasta que se perdieron de vista.

Al día siguiente volvió a ocurrirle lo mismo, pero esta vez lo que perdió fue la paleta de los colores.

Y después de la paleta fueron un marco de madera, una tela de seda, otros colores, una espátula... Y a partir de entonces las liebres ya no volvieron a aparecer más.

Como las liebres ya no volvían, por más que ella saliera todos los días al balcón, la princesa acabó enfermando de tristeza y la metieron en cama, y sus padres creyeron que se moría. Pero el rey la quería tanto que mandó llamar a los médicos más famosos, y cuando éstos confesaron que no sabían qué clase de enfermedad tenía la princesa, mandó echar un pregón anunciando que la princesa estaba enferma de una enfermedad desconocida y que cualquier persona que tuviera confianza en poder curarla acudiera de inmediato a palacio; y a quien la curase le ofrecía una gran cantidad de dinero.

Mucha gente acudió al pregón del rey, pero nadie supo curar a la princesa, que languidecía sin remedio.

Un día, una madre y una hija que vivían en un pueblo cercano, determinaron acercarse a palacio para ver si lograban curar a la princesa, pues ambas se dedicaban a la herboristería y confiaban en que, con su conocimiento de todas las plantas medicinales del reino, alguna fórmula encontrarían para poderla sanar. Con que se pusieron en camino.

Iban hacia el palacio cuando decidieron ganar tiempo tomando un atajo, y cuando lo habían tomado, decidieron hacer un alto para comer y descansar un poco. Pero quiso la suerte que, al sacar el pan, éste se les cayera de las manos, rodando por la loma en cuyo alto habían tomado asiento y las dos, sin dudarlo, corrieron tras él hasta que vieron que iba a meterse dentro de un agujero que había al pie de la loma. Conque llegaron hasta él y, al agacharse para recuperarlo, vieron que el agujero comunicaba con una gran cueva que estaba iluminada por dentro. Mirando por el agujero, vieron una mesa puesta con siete sillas y, a poco, vieron a siete liebres blancas que entraron en la cueva y se sentaban alrededor de la mesa. Luego vieron cómo todas sacaban los colores y los utensilios para pintar.

Entonces oyeron a una de ellas decir, mientras cogía **un pincel** de la mesa:

-*“Este es el pincel de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!”*

Y a otra:

-*“Esta es la vasija de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!”*

Y a otra:

-*“Este es el marco de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!”*

Y así sucesivamente, una tras otra, hasta hablar las siete.

Las dos mujeres se retiraron prudentemente y sin hacer ruido, pero antes de alejarse se fijaron en que no lejos del agujero había una puerta muy bien disimulada entre la maleza. Optaron por no abrirla.

Entonces se apresuraron a llegar a palacio y, una vez allí, pidieron ver a la princesa. Ésta estaba acostada y ya no deseaba ver a nadie más, pero las dos mujeres lograron entrar con artimañas y hablar con ella, y le contaron quiénes eran y a qué se dedicaban y, por fin, le contaron el viaje que habían hecho y, describiéndole el viaje, le relataron la misteriosa escena de la cueva y las siete liebres blancas.

En este punto, la princesa se enderezó en su cama y pidió que le trajeran algo de comer. Y el rey, al enterarse, fue inmediatamente a su habitación lleno de contento, pues era la primera vez que la princesa quería comer desde que cayera enferma.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/pascua/>

-“Padre” -le dijo la princesa-, “ya me voy a curar, pero me tengo que ir con estas señoras”.

-“¡Eso no puede ser!” -protestó el rey-. “¡Aún estás demasiado débil!”

-“Pues así ha de ser” -dijo la princesa, empeñada. Y el rey comprendió que no tenía más remedio que ceder y ordenó que preparasen su carruaje.

Partieron en seguida las tres y, a la mitad del camino, allí donde las mujeres le dijeran, la princesa ordenó detener el carruaje y las tres se apearon para buscar la cueva, que se hallaba bastante apartada del camino. Por fin llegaron al agujero y a la puerta disimulada, y miraron por uno y otra, pero no veían nada y la noche comenzaba a echárseles encima en aquel paraje. Tanto oscureció que las tres acordaron volver al día siguiente a la misma hora con la esperanza de tener mejor fortuna. Mientras se alejaban, de pronto vieron que se iluminaba un poco el interior de la cueva y vieron también a las siete liebres blancas que relucían casi en la oscuridad.

Las siete se sentaron a la mesa y volvieron a decir lo que las dos mujeres ya habían oído:

-“Estos son los pinceles de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!”

Y el siguiente:

-“Estas son las vasijas de los colores de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!”

Hasta el último:

-“Esta es la paleta de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!”

Entonces la princesa dio un empujón a la puerta, entró y exclamó:

-“¡Pues aquí me tenéis!”.

Y entonces las liebres se alegraron tanto de verla, que enseguida se pusieron a enseñarle lo que habían aprendido a hacer con lo que se habían llevado del palacio. Sacaron un montón de huevos y empezaron a pintarlos con los más lindos dibujos, colores y figuras. Después le explicaron que ellos habían tenido la ocurrencia de pintar huevos cuando vieron a la princesa pintando cuadros en su balcón. Que decidieron hacer esto y luego regalar y esconder esos huevos pintados a los niños durante la misma época, cada año. Esta época sería durante el tiempo de Pascua, en el momento donde el frío muere y renace la vida.

Desde entonces todas las liebres realizan esa tarea y llevan muchos huevos coloridos a todos los niños del mundo.

Aportación de IdeasWaldorf